

**MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO,
HISTORIADOR Y CRÍTICO
DE LA LITERATURA ESPAÑOLA**

MENÉNDEZ PELAYO ANTE EL ROMANCERO (INTRODUCCIÓN A UNAS PÁGINAS INÉDITAS DE RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL SOBRE LA *ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS*)

1. El Romancero de Menéndez Pelayo

Menéndez Pelayo tuvo una muy temprana vinculación con la poesía popular narrativa. La primera obra, casi infantil, que quiso publicar es *Don Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja*, un “poema heroico en octavas reales” compuesto en 1871. Aunque sus modelos formales están en la épica culta y en el Romanticismo, no cabe duda de que la inspiración y la materia le vino de los “tres bellísimos romances” que conocía a través de Pérez de Hita, a los que alude en su “Introducción histórica”. Uno de ellos, el de “Río verde, río verde”, encabeza con su íncipit el Canto III, y los otros dos (versiones divergentes de un mismo tema), “Estando el rey don Fernando”, contienen todo lo esencial sobre la desdichada muerte de Don Alonso en 1501. Es comprensible la fascinación que ejercieron sobre el joven Menéndez Pelayo. Son romances especialmente bien logrados, y el más extenso ha sobrevivido hasta hoy, “vuelto a lo divino”, en la tradición oral moderna¹.

¹ El romance que se cantaba como romance de la Pasión de Cristo, con el habitual íncipit “Jueves Santo, Jueves Santo / tres días antes de Pascua” está muy difundido en toda la Península, y conserva con fidelidad la escena en que Don Alonso de Aguilar (ahora San Juan Bautista) asume la empresa. De “Río Verde, Río Verde” se conocía sólo algún resto muy fragmentario recogido en la provincia de Segovia, hasta que aparecieron una espléndida versión y otros testimonios en la isla de La Gomera, ed. M. Trapero, *Romancero general de La Gomera* (La Gomera: Cabildo Insular, 2000), pp. 93-96.

Ese inicial interés de don Marcelino por el Romancero no sobrepasó los intentos fallidos de publicar su poema. Es bien sabido que más adelante la composición fue repudiada por su autor: “Prohíbo que se publique ni dé a conocer nada de este poema, más que su título”². Las aficiones poéticas de Menéndez Pelayo siguieron pronto otros derroteros, clasicistas, y tampoco en sus estudios prestó nueva atención a la musa popular, y a sus ahora “hórridos cantares”, hasta muchos años después.

En su madurez, Menéndez Pelayo vuelve al Romancero a raíz de sus estudios preliminares en la edición académica de las obras de Lope de Vega. En los varios volúmenes dedicados a las “Crónicas y leyendas dramáticas de España”, publicados entre 1897 y 1902, al hilo de las varias comedias de Lope que incluían romances, se basaban en ellos, o trataban de personajes y temas heroicos presentes en el Romancero, Menéndez Pelayo recurre continuamente a ilustraciones romancísticas y manifiesta su admiración por el género, deleitándose en comentar y publicar varios textos, siempre que encuentra ocasión, o pretexto, para ello. Pero es sobre todo en la *Antología de poetas líricos castellanos* donde el Romancero se convierte en objeto prioritario de estudio. Y tanto que llega a desequilibrar el plan de la obra. Menéndez Pelayo no se contenta con “antologizar” como había hecho en los volúmenes anteriores, sino que lleva a cabo una edición “plenaria” del Romancero, reeditando y actualizando la colección entonces canónica de Wolf y Hoffman, añadiendo los testimonios de la tradición oral moderna, y un muy extenso estudio de conjunto: el *Tratado de los romances viejos*.

Los cinco volúmenes de la *Antología*, del VIII al XII, aparecidos entre 1899 y 1906, constituyen una auténtica summa donde la épica medieval y el Romancero, tratados conjuntamente, fueron por primera vez

² Cf. M. Artigas, “Un poema épico de Menéndez y Pelayo [*D. Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja*]”, *BBMP*, V (1923), 97-101. La prohibición de Menéndez Pelayo no impidió que el texto fuera publicado: “El poema de D. Alonso de Aguilar”, ed. e intr. E. Sánchez Reyes, *BBMP*, XXX (1954), 5-83. El poema puede parecernos hoy de un estrambótico arcaísmo, pero ello puede relativizarse con el cotejo de tantos productos coetáneos, y posteriores, que incidían en la misma vena. Uno de los declarados discípulos de Menéndez Pelayo, Juan Menéndez Pidal, imprimía en 1880 y 1881, también como obras juveniles, poemas como *El conde de Muñazán* y *Don Nunno de Rodaliegos*, éste último “en fabla”; y basta hojear la prensa de la época para comprobar que Menéndez Pelayo se limitaba a seguir una corriente que contaba con un público favorable y hasta devoto, entre el que no se contaba Pérez Galdós, responsable en última instancia de que el poema no se publicara.

estudiados de modo científico y atractivo, y a Menéndez Pelayo se debe sin duda la definitiva entrada de ambos géneros en el canon de la literatura española y su vulgarización fuera del círculo de especialistas.

La obra fue realizada en el momento más oportuno, contando con el todavía próximo y gran precedente de su maestro, Milá i Fontanals (*De la poesía heroico-popular castellana*, de 1874), y pudiendo ya tener en cuenta y aprovechar los trabajos de un discípulo, Ramón Menéndez Pidal, que en esos momentos renovaba radicalmente el medievalismo hispánico y los estudios sobre la poesía popular. Menéndez Pelayo fue muy receptivo a las nuevas perspectivas abiertas por Menéndez Pidal en sus trabajos sobre *La leyenda de los Siete Infantes de Lara* (1896), el *Romancero de Fernán González* (1899) y el *Poema del Cid* (1900); y pudo disponer de varias versiones de romances tradicionales, algunas de ellas inéditas, facilitadas por los hermanos Juan y Ramón Menéndez Pidal.

Consta la comunicación estrecha que el maestro y su discípulo más aventajado mantuvieron en torno a una obra de interés elevado para ambos, y en efecto, Ramón Menéndez Pidal siguió muy de cerca la elaboración de estos volúmenes de la Antología, y rememoró más de una vez las tertulias que se celebraban en el domicilio que ocupaba Menéndez Pelayo en la Academia de la Historia, donde “se hablaba mucho de estos temas, porque el maestro estaba entonces trabajando en su *Tratado de los Romances viejos*”³.

El respeto hacia la persona y hacia esa obra de Menéndez Pelayo contribuyeron decisivamente a que Menéndez Pidal, que ya empezaba a planear su futuro *Romancero Tradicional de las Lenguas Hispánicas*, renunciase a colaborar en un proyecto de edición de un nuevo romancero que le propuso Foulché-Delbosc en 1901. Entre otras reservas, Don Ramón tuvo en cuenta el posible desagrado que Menéndez Pelayo podía sentir ante tal colaboración. Un primer reparo, el de ocuparse del Romancero cuando don Marcelino trabajaba sobre ese campo, no le parecía a Pidal obstáculo insalvable: “Estando todavía en publicación el Romancero de Menéndez Pelayo acaso no le pareciera bien que yo preparara otro; pero a esto no doy importancia, pues creo tampoco se la daría él. Cualquiera es dueño de

³ R. Menéndez Pidal, *Cómo vivió y cómo vive el Romancero* (Valencia: La Enciclopedia Hispánica, s. a. [1945]), pp. 71-75. Reed. en *Estudios sobre el Romancero*, cit., pp. 432-435; id. en R. Menéndez Pidal, *Romancero Hispánico. Teoría e Historia II* (Madrid: Espasa-Calpe, 1968), p. 295. Las tertulias a que alude Menéndez Pidal hubieron de tener lugar hacia 1903-1905.

renovar los asuntos que otro ha tratado, aun antes de los dos o tres años que tardaría el nuevo Romancero”. Mayores problemas veía en la enemistad que había surgido entre su maestro y el amigo francés con motivo de una reseña crítica adversa que Foulché-Delbosc había publicado, en 1900, de la edición de la *Celestina* preparada por Menéndez Pelayo. Pidal creía posible recomponer la buena relación entre ambos eruditos, y para ello sugería a Foulché que redactara y publicara en su *Revue hispanique* una reseña alabando lo mucho que había que alabar en los últimos volúmenes de la *Antología de poetas líricos castellanos*: “Si se dijese del Romancero de la *Antología* que el texto no valía nada, pero que ofrece grandes y notables novedades como son la Tercera parte de la *Silva*, varios pliegos sueltos y la reunión en un cuerpo de los romances recogidos hoy de la tradición oral, no se diría ninguna mentira”. Menéndez Pidal insiste en que era para él condición básica que Foulché solucionase sus diferencias con Menéndez Pelayo, y que no estaba dispuesto a arriesgar su relación personal con su maestro, lo que creía seguro en las circunstancias de entonces: “Pero que yo colaborase con V. de seguro enemistaba conmigo a mi maestro, a quien tanto debo; y este reparo no le chocará a V. ni lo tomará por escrúpulo monjil”; y, más adelante: “Espero no sospeche V. que en esto hago de apóstol o de corredor de Menéndez Pelayo; creo que V. me conoce y yo le conozco de sobra para saber que su integridad científica no le permitiría alabar lo que no sea loable. Sólo quisiera ponerme en libertad de poder disfrutar de la colaboración de V. para bien del proyectado Romancero”. En su contestación a la carta de Pidal, Foulché-Delbosc se manifestaba dispuesto a hacer la reseña elogiosa de los últimos tomos de la *Antología*, pero a la vez anunciaba que tendría que oponer algunos reparos y quejas, por presuntos agravios recibidos del maestro español, que —según él mismo reconoce— “enfurecerían” aún más a Menéndez Pelayo. En sus anotaciones directas para responder a esta carta, Menéndez Pidal escribe: “Contesto 10 Noviembre, que haga la reseña franca y no chapuzada y que hablaremos de unificar nuestros trabajos”. Finalmente, Foulché-Delbosc no escribió la reseña elogiosa y “franca” sobre la *Antología* de Menéndez Pelayo, en la que Pidal tanto había insistido, y el proyecto fue abandonado; y ello varios años antes de que se produjese la ruptura, sonada e inusualmente —para la habitual medida de don Ramón— “violenta” entre Foulché y Menéndez Pidal⁴.

⁴ Sobre esta polémica, sus antecedentes y consecuencias, me he ocupado en “La tradición moderna y la edición del Romancero hispánico. Encuestas promovidas por

Fue el propio Menéndez Pidal quien acabó publicando, en 1903, la reseña que pedía a Foulché-Delbosc⁵. La reseña, extensa y sumamente elogiosa sobre “El Romancero de Menéndez Pelayo”, no pudo todavía hacerse cargo del tomo último, con el final del *Tratado de los romances viejos*, aparecido con posterioridad. Pero aún limitándose a los tomos ya publicados, Menéndez Pidal encontró efectivamente mucho que alabar en la edición de los textos de romances hecha por don Marcelino. No sólo superaba con creces a sus ilustres predecesores, Agustín Durán y Ferdinand Wolf, en sentido crítico y claridad expositiva, sino que había incorporado todos los textos de romances viejos dados a conocer desde 1856 (entre ellos los de la *Tercera* parte de la *Silva de Zaragoza*, de 1550, hasta entonces perdida y luego vuelta a desaparecer), los que se conocían a través del teatro áureo y otras fuentes recónditas que Menéndez Pelayo puso a contribución. Novedad absoluta suponía completar la tradición impresa del s. XVI con los testimonios de la tradición oral moderna, que Menéndez Pelayo conocía muy bien a través de las colecciones publicadas por Garrett, Braga, Milá, etc., que examinó con especial meticulosidad y aprovechó para sus notas a los textos publicados. Dio, además, a conocer varias versiones inéditas andaluzas, asturianas y castellanas, comunicadas por Rodríguez Marín y los hermanos Menéndez Pidal, o una pequeña y muy valiosa colección de versiones judeoespañolas orientales, cuyos originales regaló después a Menéndez Pidal.

En su conclusión, Menéndez Pidal estimaba que don Marcelino no sólo había realizado una obra de la mejor y sana erudición, sino que su esfuerzo habría de tener una influencia beneficiosa para la literatura de creación contemporánea, y hacia votos para que “el abundante tesoro de poesía popular que ofrece el Romancero de Menéndez Pelayo” fuera asimilado y transformado por los escritores jóvenes, habituándoles a “saborar la mística alegoría, la ideal vaguedad de algunos de esos poemitas, el perfume primaveral de otros, la rapidez, la fuerza narrativa de todos, y su admirable sinceridad artística, su carencia absoluta de esfuerzos no logrados”. La advertencia no era simple expresión de un ilusorio *wishful thinking*, y años después Menéndez Pidal se complacía en comprobar que el

Ramón Menéndez Pidal en Asturias (1911-1920)”, *RDTP*, XLVII (1992), 127-154. Las cartas aludidas de Foulché-Delbosc y los borradores de respuesta se conservan en la Fundación Ramón Menéndez Pidal.

⁵ R. Menéndez Pidal, “El Romancero de Menéndez Pelayo”, *La Lectura*, III (1903), pp. 55-64.

Romancero había sido efectivamente asimilado por autores modernistas (Darío, Villaespesa, Marquina), por poetas que le eran especialmente gratos como Antonio Machado y Enrique de Mesa, o por su joven guía de 1924 en los barrios gitanos de Granada del Albaicín y el Sacromonte, en busca de romances, Federico García Lorca.

2. Menéndez Pidal y Menéndez Pelayo. Un libro inédito

Si se examina la bibliografía más completa de Menéndez Pidal, la publicada por María Luisa Vázquez de Parga en 1966⁶, puede sorprendernos el que, a juzgar por ella, con excepción de la reseña que acabamos de mencionar y un breve artículo de enciclopedia (1963), Menéndez Pidal no publicara nada en su larga vida sobre el estudioso de quien se reconoció discípulo devoto, y ante el que manifestó siempre una admiración y afecto personal sin límites. Para valorar el significado de Menéndez Pelayo en la historia cultural española, Menéndez Pidal estaba sin duda tanto o mejor facultado que otros discípulos directos, como Bonilla San Martín o Lomba y Pedraja, e infinitamente más que la inmensa mayoría de quienes hicieron del “menedezpelayismo” una profesión de fe. Extraña ese silencio de don Ramón, que trazó abundantes semblanzas de maestros y coetáneos (Gaston Paris, Morel-Fatio, Carolina Michaëlis, Leite de Vasconcelos, Unamuno, etc.), y que por razones protocolarias hubo de redactar evocaciones necrológicas de literatos o estudiosos con quienes tenía muy escasa afinidad.

Es cierto que la bibliografía de 1966 es incompleta y que, en lo que ahora nos interesa, deben subsanarse al menos dos omisiones. La primera es un artículo necrológico, sí, pero enjundioso y no convencional, aparecido en un medio de gran difusión⁷. La otra es una conferencia pronunciada y publicada en 1956, con un título anómalamente largo y “florido”: *Menéndez y Pelayo en incesante y apasionada búsqueda de la verdad y comprensión de la belleza, sin temor a las más francas rectificaciones*⁸. Pero aún con estas salvedades seguiría pareciendo escasa la

⁶ M. L. Vázquez de Parga, “Bibliografía de don Ramón Menéndez Pidal”, *RFE*, XLVII (1964) [1966], 7-127.

⁷ R. Menéndez Pidal, “Una gran figura. Menéndez Pelayo”, *Nuevo Mundo*, XIX, núm. 960, 30 de mayo 1912, s. p.; reproducido en el *Diario Montañés* (29-V-1912).

⁸ *Centenario del nacimiento de Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Discursos leídos en la Junta solemne conmemorativa de 28 de enero de 1956* (Madrid: Instituto de España, 1956), pp. 55-68. La conferencia de Menéndez Pidal fue reeditada el año siguiente en

contribución de Menéndez Pidal a la glosa de un maestro de quien se consideraba heredero no sólo intelectual (don Ramón fue uno de los albaceas testamentarios de Menéndez Pelayo), y ha sido también uno de los españoles sobre quien más se ha escrito en el último siglo y medio.

La razón de la aparente parquedad de Menéndez Pidal en ocuparse de la persona y obra de su maestro es, sencillamente, que había decidido dedicar un libro completo al estudio de toda la obra de Menéndez Pelayo, y a la historia y evolución de su pensamiento. Se conservan los originales manuscritos de ese libro, que pasó por varios intentos de actualización y refundición en épocas muy distintas, y distantes, desde 1914 hasta, al menos, 1956. El libro tenía el confesado propósito de desmentir el tópico —hoy superado, pero machaconamente repetido a la altura de 1914 y en los años posteriores— del “monolitismo” del pensamiento crítico de Menéndez Pelayo, la “seltene Einheit” de su obra que destacaba Froberger⁹, o la inmutabilidad básica en sus convicciones que apreciaban Rubió y Lluch¹⁰, y Bonilla y San Martín. Muy al contrario, Menéndez Pidal se

España y su historia, II (Madrid: Minotauro, 1957), con el título más sobrio de “Evolución crítica en Menéndez Pelayo”, aligerada en el preámbulo protocolario y con el añadido de titulillos que establecen divisiones internas; y últimamente por Antonio Lago Carballo, en *Sobre Menéndez Pelayo*, II (Santander: UIMP, 2004), pp. 23-40,

⁹ Joseph Froberger, “Marcelino Menéndez y Pelayo. Ein Bild aus dem modernen spanischen Literaturleben”, en *Hochland. Monatschrift für alle Gebiete des Wissens., der Literatur und Kunst*, München (1912), 1-16. El párrafo completo es: “Seine Lebensaufgabe stand ihm in seiner Jugend mit aller Klarheit vor der Seele, und während einer Zeit von nahezu 40 Jahren blieb er ihr unerschütterlich treu und verwirklichte sie in vielen Punkten. Darin liegt das Wunderbare im Leben dieses Gelehrten, und dies gab auch seiner Lebensarbeit eine seltene Einheit, die vielgestaltige Bestrebungen wie ein Werk aus einem Guß erscheinen läßt”; y antes: “Im Alter von 20 Jahren stede er sich eine Lebensaufgabe, der er bis zu seinem Tode getreu bleiben sollte”, pág. 3 del sobretiro de que disponía Menéndez Pidal, con dedicatoria del autor: “Al Señor Don Ramón Menéndez Pidal, el ilustre discípulo del grande maestro”. El importante artículo de Froberger no aparece en las bibliografías al uso: J. Simón Díaz, *Estudios sobre Menéndez y Pelayo* (Madrid: Inst. de Estudios Madrileños, 1954; reed. ampliada en “Bibliografía de estudios sobre Menéndez Pelayo”, en *Estudios sobre Menéndez y Pelayo*, (Madrid: Ed. Nacional, 1956), pp. 489-575.

¹⁰ “La identidad de su fisionomía moral e intelectual es lo que más admira, en la vocación y en la misión de Menéndez Pelayo”. “Si se leen sus páginas, escritas ayer, y se las coteja con sus primeros ensayos casi infantiles, publicados en 1873 y 1874, en este largo periodo de casi cuarenta años que alcanzó su vida pública literaria, apenas se advierte una modificación fundamental de criterios y de doctrina [...] Sólo se fue haciendo cada vez más tolerante con los hombres y las ideas...”, A. Rubió y Lluch, *Dis-*

proponía probar la apertura intelectual de su maestro, y las abundantes rectificaciones en conceptos y valoraciones que se traslucen, y él mismo reconoció francamente, en las distintas etapas de su obra. “Etapas en la obra de Menéndez Pelayo” era, precisamente, uno de los títulos posibles que Menéndez Pidal había barajado para su libro. Don Ramón, tras una introducción en la que se declara opuesto a la hagiografía menéndezpelayana que se había desatado tras su muerte, y de un capítulo que dedica a la biografía y la formación intelectual de Menéndez Pelayo, emprende un estudio sistemático de toda su obra, en donde la admiración no es obstáculo para abundantes observaciones críticas respecto a ciertos presupuestos y actitudes de su maestro. No estará de más recordar que en 1914 Menéndez Pidal se sentía muy próximo a Giner de los Ríos y a los krausistas, conspicua *bête noire* para Menéndez Pelayo, y que don Francisco Giner precisamente ese año —el último de su vida— fue huésped todo el verano en la casa recién construida por Menéndez Pidal y María Goyri en San Rafael, en la sierra entre Madrid y Segovia. Pero, ante todo, el proyectado libro es un excepcional y lúcido análisis de la obra *en sí* de Menéndez Pelayo, y de lo que suponía de avance y modernidad para la historia literaria y cultural española.

La génesis del libro de Menéndez Pidal es aludida de pasada en su conferencia de 1956: “un cursillo que profesé en Buenos Aires”. En el prólogo a su reedición Antonio Lago proporciona oportunas precisiones, que intento ahora completar y contextualizar.

Los residentes españoles en Argentina que habían prosperado en el campo profesional y económico deseaban dignificar el papel, muy devaluado, de su comunidad (es bien sabido lo que representaba el “gallego”, o “gallshego”, en la estimativa argentina), en una república en plena expansión y que había convertido en señas de identidad una mayoritaria hostilidad nacionalista a la herencia hispánica, y un filoeuropeísmo que excluía lo español. Partiendo de asociaciones preexistentes, y sobre todo, de una Comisión establecida en 1912 para celebrar, precisamente, un homenaje a la memoria de Menéndez Pelayo, se constituyó en 1914 la Institución Cultural Española en Buenos Aires. Entre otras iniciativas la Institución decidió crear una “Cátedra de Cultura Española” en la Universidad porteña, y asumiendo acuerdos previos se decidió que la primera

curso en elogio del Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo... leído en la solemne sesión pública que la Universidad de Barcelona dedicó a honrar la memoria... (Barcelona: Hijos de Domingo Casanovas, 1913), pp. 14-15.

actividad fuera organizar un ciclo de conferencias sobre la obra de Menéndez Pelayo que se encomendó a Menéndez Pidal¹¹. Puede resultar hoy paradójico el hecho de que los inspiradores de la Institución Cultural Española, liberales, y simpatizantes del Krausismo (Avelino Gutiérrez, Luis Méndez Calzada) o abiertamente republicanos (Rafael Calzada), pusieran desde el principio su asociación bajo la “advocación” de Menéndez Pelayo, pero los orígenes cántabros y asturianos de varios de ellos, la fama internacional de que gozaba don Marcelino, y, sin duda, la apertura mental de los fundadores hicieron que no se viera contradicción ninguna y que Menéndez Pelayo fuera considerado simplemente como un símbolo de la mejor cultura española que se quería difundir en Argentina. En palabras del Dr. Avelino Gutiérrez: “Por nuestra cátedra habrán de desfilar las más preclaras mentalidades que haya en España, lo mismo libre-pensadores que neo-católicos, socialistas que liberales y conservadores, republicanos que monárquicos. Nuestra tribuna será libre y en ella todos serán unos por la Patria, por la Ciencia y por el Verbo, bastándonos que se mantengan dentro de su campo con serenidad y abstención de prejuicios sectarios”¹². El papel de la “Cultural” fue a partir de ese año y hasta la década de 1930 mucho más decisivo para el éxito de lo que después se llamó la “acción cultural española en el exterior” que las iniciativas oficiales realizadas desde la propia España, más tardías y siempre sin continuidad. La “Cultural” patrocinó en años sucesivos los viajes y cursos de Ortega y Gasset, Rey Pastor, Blas Cabrera, Adolfo Posada, Eugenio D’Ors, Gómez Moreno, Américo Castro, Agustín Millares, Jiménez de Asúa, etc., y estableció un modelo de colaboración con instituciones españolas que en alguna medida se siguió en Uruguay, Chile y Puerto Rico¹³.

¹¹ Cf. *Institución Cultural Española. Anales*, I (1912-1920) (Buenos Aires, 1947), pp. 13-45.

¹² *Ibid.*, pp. 48-49.

¹³ En la muy cierta vinculación de la Institución Cultural Española de Buenos Aires con la Junta para Ampliación de Estudios no se ha valorado siempre justamente que el mérito de la iniciativa, y el mecenazgo, fue básicamente obra de la parte argentina. Así en el por lo demás muy notable trabajo de José María López Sánchez, “La Junta para Ampliación de Estudios y su proyección americanista: la Institución Cultural Española en Buenos Aires”, *Revista de Indias*, LXVII (2007), núm. 239, pp. 81-102. Con igual o mayor razón podría hablarse de una “proyección hispanista” de la comunidad de residentes en Argentina. Los deseos gubernamentales españoles de realizar una política cultural y crear organismos prescindiendo de la Institución y la comunidad española se tradujeron, ya en los 1930, en desencuentros que no resultaron precisa-

Volviendo a 1914, Menéndez Pidal impartió en agosto y septiembre algo más que un “cursillo”. Fueron catorce conferencias sobre Menéndez Pelayo, completadas con una segunda serie de lecciones sobre Lope de Vega, también en la Universidad; y otras conferencias, en el Club Español y en la Asociación Nacional del Profesorado, sobre la lírica primitiva, la epopeya como documento histórico, y la evolución intelectual de la España contemporánea¹⁴. Este segundo viaje americano de Menéndez Pidal sirvió también para gestiones encargadas por la Academia de la Lengua; fue objeto de recepciones públicas en varias ciudades, y, sobre todo, la estancia en Argentina le supuso una inmersión en la realidad americana y una toma de conciencia de su importancia para España, que intentó trasladar a sus colaboradores del Centro de Estudios Históricos¹⁵.

mente beneficiosos para los objetivos de ambas partes. La Institución Cultural entraría años después en un proceso de decadencia, muy acentuado desde fines del s. XX, hasta convertirse en una de esas instituciones “corpore insepulto” a las que se refería mi maestro D. Julio Caro Baroja. Bien merecería, en cualquier caso, que, en esta época de centenarios, se recordase en 2014 su papel central en las relaciones culturales hispano-americanas, y se reconociese la excepcional cualidad humana y la “eficacia” material y ética de personas como el Doctor Avelino Gutiérrez del Arroyo o Rafael Calzada.

¹⁴ Cf. *Institución Cultural Española. Anales*, I, cit., pp. 45-88. Los *Anales* incluyen una reseña amplia de las conferencias impartidas por Menéndez Pidal.

¹⁵ Américo Castro, en carta del 11-IX-1914, se hacía eco de una petición explícita recibida de su maestro desde Buenos Aires:

“Recibí su tarjeta postal y la carta colectiva a nosotros tres; en ambas expresa V. el deseo de que hagamos algo para demostrar que no nos son indiferentes las manifestaciones de simpatía que constantemente recibe España por parte de la América latina, especialmente de Bs. Aires. Como ni Onís ni Navarro están aquí, yo haré lo que de mí dependa para satisfacer tan justa pretensión. El momento es difícil; los periódicos están casi totalmente ocupados por la información guerrera, y en todos ellos hay compromisos por atraso en la publicación de artículos. Los *Lunes* no salen hace bastante tiempo. Intentaré, sin embargo, decir algo en *El Imparcial*, utilizando a Bello. Otra dificultad es que con las noticias que V. me da en su carta, no habría bastante para un artículo un poco serio; no han llegado los periódicos que me ha anunciado; ni Castillejo ni Posada están aquí para informarme oralmente. Voy a ver si con lo que me diga Viñuales (que conoce eso) puedo suplir esas deficiencias. Si sale el artículo enviaré un número regular de ejemplares a V. y al Dr. Gutiérrez. El otro día estuve en su casa de S. Rafael [...] Allí vi periódicos de América dando cuenta de su llegada; pero las noticias sobre la Institución Cultural eran muy someras. Desde luego se comprendía que la acogida que le dispensaron a V. había sido entusiasta y consciente: esto último es lo que importa” [Fundación R. Menéndez Pidal].

Pocos años después Américo Castro fue especialmente “abducido”, y también en

Las conferencias sobre Menéndez Pelayo fueron muy cuidadosamente preparadas. Se conservan varios borradores preliminares, infinidad de fichas y anotaciones sueltas, y reescrituras de párrafos y páginas enteras que parecen obedecer en muchos casos a los deseos de Menéndez Pidal de adaptar lo escrito a la exposición oral y aligerar las referencias eruditas.

En años posteriores Menéndez Pidal intentó convertir las conferencias en un libro. Su propósito era que fuese un libro “pequeño”, y el problema estaba en el material sobreabundante que había reunido y la amplitud de lo que tenía escrito. Reorganizó los textos de las conferencias e hizo varias indicaciones sobre posibles supresiones, cambios de orden de capítulos; reformuló varios párrafos etc. Al mismo tiempo, no dejó

de añadir referencias bibliográficas, recortes de periódicos, y resumir y anotar lo que se publicaba en torno a Menéndez Pelayo. Especial atención dedicó, por ejemplo, al libro de Pedro Laín Entralgo publicado en 1944, mostrando acuerdos y parciales desacuerdos. Pero el hecho es que nunca dio el libro por terminado ni dio pasos efectivos para su publicación. Es muy posible que Don Ramón fuera consciente de que su visión de Menéndez Pelayo era en gran parte discordante de la que se había impuesto. Su interpretación difería, muy en concreto, de la de Bonilla y San Martín, convertido en biógrafo y bibliógrafo oficial, y guardián de las esencias menéndezpelayistas. En alguna nota muy personal don Ramón calificaba a Bonilla como el inepto Pérez de Montalbán que surge en torno a todo gran Lope de Vega. Menéndez Pidal, por su parte, quería huir del simple panegírico, y para ello se apoyaba en el propio maestro:

M[enéndez] P[elayo] decía que el panegírico no sirve en la historia sino para alejarnos de la verdadera comprensión de los grandes sucesos. Quédese como única forma de juicio posible para esos prestigios inconsistentes que no resisten el análisis. M[enéndez] P[elayo] puede, sin temor, ser considerado bajo todos sus aspectos.

Debo prevenir la extrañeza de cualquiera acostumbrado a cierta corriente de exageración que invade a varios de los que en España escribieron sobre M[enéndez] P[elayo]. Un biógrafo confiesa “que le falta

Buenos Aires, por la realidad hispanoamericana, y ello hasta extremos que Menéndez Pidal no podía aprobar. Sobre la peripecia americana de Castro y las tensiones que por su causa se produjeron en el Centro de Estudios Históricos, cf. la introducción al *Epistolario Ramón Menéndez Pidal-Americo Castro (1912-1960)*, cuya edición se prepara actualmente en la Fundación R. Menéndez Pidal.

muy poco, si es que algo le falta”, para rendir culto, como a Dios, a su biografiado; otro lleva su estilo a chocantes extremos, ora de tono místico, ora de un obscuro barroquismo. No pretenderé, por lo tanto, en estas conferencias hacerlos respirar el aire caldeado y excitante del elogio ditirámico, que es agradable, pero malsano.

Consecuente con esas convicciones, Menéndez Pidal, formulaba críticas, a veces muy explícitas, a ciertos defectos e inconsistencias que advertía en la obra y en los métodos de trabajo de don Marcelino, y en su propio carácter humano. No era ese el libro que sus coetáneos esperarían de un discípulo directo, y un Menéndez Pidal ya aliado por convicción a los hombres de Giner y la Institución Libre de Enseñanza muy posiblemente vio el riesgo de ser mal interpretado en su afán de ejercer a la vez la “meditación tranquila” y la “crítica severa”, lejos de los “elogios incondicionales”.

En fecha muy avanzada, ya en 1956, con motivo del centenario de Menéndez Pelayo, don Ramón parece haber retomado la idea de publicar su libro. Pero si así fue, hubo de desistir muy pronto de ello. Coleccionó y, a veces, apostilló buena parte de los artículos de prensa que se publicaron con motivo de la efeméride (y posiblemente nunca se ha celebrado en España un centenario con mayor grado de exaltación), y no hay duda de que le desagradó la instrumentalización sectaria que se hizo de la figura de Menéndez Pelayo. Nada había cambiado, sino para peor, respecto a lo que ya advertía en 1914. En otra nota para uso privado Menéndez Pidal escribió: “A juzgar por lo que se escribe este año del centenario, Menéndez Pelayo no habría hecho otra cosa en su vida que ser un buen católico”.

En consecuencia, Menéndez Pidal, se limitó a publicar las breves páginas de su conferencia en el Instituto de España, pronunciada en calidad de Director de la Real Academia, y aun así confiesa que pensó en modificar a última hora las cuartillas que tenía previsto leer. La razón es que unos días antes su antiguo discípulo Dámaso Alonso había anticipado en una conferencia universitaria lo que sería su breve y célebre libro *Menéndez Pelayo, crítico literario (Las palinodias de don Marcelino)*, aparecido el mismo año 1956. Las palinodias o “rectificaciones” de Menéndez Pelayo eran, precisamente, una de las idea-fuerza que servían de hilo conductor al libro que Pidal tenía en taller hacía tantos años. Al verla, “con honda satisfacción”, expresada en la “magistral disertación” de Dámaso Alonso, es muy verosímil que Menéndez Pidal considerase que su libro había perdido parte esencial de su novedad, y renunciara definitivamente a terminarlo y publicarlo.

Son, pues, varias las razones, que determinaron que una de las obras de más larga gestación proyectadas por Menéndez Pidal no viera nunca la luz, como sucedió por causas muy distintas con su *Historia de la Épica* y con la *Historia de la Lengua Española*, aún más ambiciosas, que también quedaron sin publicarse en vida del autor. Por fortuna, la dedicación de Diego Catalán ha hecho posible la edición póstuma, en el estado más avanzado en que las dejó Menéndez Pidal, de la *Historia de la Lengua*, y parcialmente de la *Historia de la Épica*.

Visto retrospectivamente, el libro infinito de Menéndez Pidal sobre Menéndez Pelayo, de haber sido dado a conocer en su momento histórico, habría contribuido decisivamente a orientar el “menéndezpelayismo” por derroteros tal vez menos autocomplacientes y más fecundos. En el momento actual, mantiene, en mi opinión, plena vigencia como análisis objetivo y lúcido de la obra de don Marcelino, y de su trayectoria intelectual. Se trata de un estudio realizado con rigor excepcional por uno de los españoles que mejor conocieron y más apreciaron a Menéndez Pelayo, y merece publicarse en su integridad. Ese es el propósito de la Fundación R. Menéndez Pidal, contando con la generosa acogida que ha prestado al proyecto el rectorado de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

Como contribución a este número monográfico dedicado por el *Boletín* a Menéndez Pelayo, he creído oportuno editar la parte del libro de Menéndez Pidal dedicada a los estudios de don Marcelino sobre el Romancero. Al margen de su valor intrínseco, se ofrece aquí una primera muestra de los problemas a que habrán de enfrentarse los editores del libro completo, y de la metodología y las decisiones que habrán de adoptarse ante unos originales que no llegaron a alcanzar el estado de texto definitivo.

Posiblemente en este capítulo las dificultades sean menores que en otras partes del libro. Y ello tiene relación con que la novedad estricta de estas páginas es inferior a las que Menéndez Pidal dedica, por ejemplo, a la *Historia de las ideas estéticas* o a los *Estudios sobre Lope de Vega*. Al estudiar la *Antología de poetas líricos*, Don Ramón reutilizó buena parte de lo que había escrito en 1903 como reseña a “El Romancero de Menéndez Pelayo”, y varios párrafos se transcriben literalmente o con modificaciones muy menores. En algún momento pensó “quitar repeticiones”, eliminando ideas o ejemplos que ya había expuesto en sus conferencias en Nueva York y en Baltimore, en 1909. No debe olvidarse que estos

años de principios del siglo XX marcan el inicio de su dedicación máxima a los estudios sobre el Romancero hispánico, y es lógico que no pudiera desligar el examen de las ideas de Menéndez Pelayo sobre la poesía popular narrativa de las suyas propias, y que esas ideas las expusiese en más de un lugar y en distintas ocasiones; o que las veamos reformuladas en escritos de fecha muy posterior.

Aun con esas salvedades, es mucho lo que hay de nuevo en estas páginas, y en ellas se contiene en la forma más desarrollada que se conoce su valoración de los estudios de Menéndez Pelayo sobre el Romancero viejo y tradicional, a la par que se avanzaba ya parte sustancial de lo que serían sus nuevas perspectivas sobre el género.

En esta edición he incorporado, en la forma de adiciones (a las que se remite con el signo *), los materiales que Menéndez Pidal conservó de una primera redacción, o anotaciones sueltas que sólo parcialmente utilizó en la redacción definitiva. La subordinación a una exposición oral, imponía prescindir de citas o desarrollos más pormenorizados que creo conveniente conservar en un texto escrito. En estas notas sueltas la redacción es a veces telegráfica, a la manera de *memorandum* y sin sintaxis trabada, y, naturalmente, no se ha modificado en nada el original del autor. Se desarrollan las abreviaturas y sólo parcialmente se regulariza la puntuación. Mantengo la irregularidad en el uso de mayúscula o minúscula en “Romancero” / “romancero”, por estimar que en Menéndez Pidal el uso no es necesariamente arbitrario.

JESÚS ANTONIO CID
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
& FUNDACIÓN RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL